

# *Edith Hamilton*

## EL CAMINO DE LOS GRIEGOS

### Prefacio

La primera edición de *El camino de los griegos* fue una obra inconclusa. En ella se estudiaron diversos escritores de la gran época de Grecia, pero se omitieron otros, no menos notables e importantes. El resultado fue un cuadro del pensamiento y el arte griegos en la época de sus mayores logros, pero algunos de sus más grandes pensadores y artistas fueron omitidos; por ejemplo, el poeta Píndaro, a quien los propios griegos colocaban al mismo nivel de Esquilo; los historiadores Heródoto y Tucídides, que siguen en la primera fila de los historiadores del mundo. En realidad, no puede haber una verdadera percepción del alcance, la profundidad y el esplendor de la vida intelectual en la Atenas del siglo V sin cierto conocimiento de Heródoto, con su despierta curiosidad y cálido sentimiento humano, y sin la profundidad de pensamiento y la sombría magnificencia de Tucídides.

El volumen que el lector tiene entre manos corrige las omisiones anteriores. En él se considera a todos los escritores de la edad de Pericles.

Mientras escribía estos capítulos, sentí una nueva comprensión del refugio y la fuerza que el pasado puede darnos en nuestro difícil presente. "Conservemos nuestros santuarios silenciosos -escribió Sénancour-, pues en ellos se mantienen las perspectivas eternas." La religión es el gran baluarte de la límpida visión de lo eterno; pero también hay otros. Contamos con muchos santuarios silenciosos en que podemos encontrar un espacio donde respirar para librarnos de lo personal, para elevarnos por encima de nuestras perplejidades y preocupaciones y poder contemplar valores que son estables, que son inaccesibles a las preocupaciones egoístas y timoratas, porque son la posesión permanente y arduamente conquistada de la humanidad. "Excelencia -dijo Aristóteles-, cultivada con gran esfuerzo por la especie de los hombres."

Cuando el mundo se ve azotado por tormentas, y lo malo que ocurre y lo peor que amenaza son tan apremiantes que bloquean de nuestra vista lo demás, entonces necesitamos conocer todas las recias fortalezas del espíritu que los hombres han edificado a través de las edades. Las perspectivas eternas se están borrando, y nuestro juicio de los asuntos inmediatos será erróneo si no las traemos de regreso. Sólo podemos hacerlo, dijo Sócrates en su último discurso antes de morir, "cuando buscamos incesantemente la región de pureza y eternidad e inmutabilidad, cuando donde entra el espíritu no es obstaculizado por nada, sino que deja de vagar en el error, contemplando lo verdadero y lo divino, que está por encima de toda opinión".

Un gran sabio francés del siglo XIX dijo a su clase en el Colegio de Francia, poco después de Sedán y de la triunfante ocupación de París por el ejército alemán:

Caballeros, al reunirnos aquí estamos en un país libre, la república de las letras, país que no conoce fronteras nacionales, donde no hay ni francés ni alemán, que no conoce prejuicio ni intolerancia, donde sólo se aprecia una cosa: la verdad en todos sus múltiples aspectos. Propongo estudiar con vosotros, este año, las obras del gran poeta y pensador Goethe.

¡Cuán noble y tranquilizador! Las perspectivas eternas abiertas, claras y apacibles. La intolerancia, el odio: ¡cuán falsos parecen, cuán mezquinos!

"Más allá de los últimos picos y de todos los mares del mundo" se yergue la serena república de lo que Platón llama "los bellos e inmortales hijos del espíritu". Necesitamos buscar hoy ese santuario silencioso. En él hay un lugar que sobresale, aun por encima de los otros, por la salud y el equilibrio de su pensamiento: la literatura de la Grecia antigua.

Grecia y sus fundamentos  
Construidos bajo la marea de guerra,  
Basados en el mar cristalino  
Del pensamiento y de su eternidad.

# Capítulo uno

## Oriente y occidente

Quinientos años antes de Cristo, en un pequeño poblado de la lejana frontera occidental del mundo sedentario y civilizado, entró en acción un extraño poder nuevo. Algo había despertado en la mente y en los espíritus de los hombres de allí, algo que iba a influir tanto sobre el mundo y cuya profunda huella el lento paso del largo tiempo, de siglo tras siglo, y sus demoledores cambios serían incapaces de desgastar. Atenas había entrado en el breve y magnífico florecimiento de su genio, el cual moldeó de tal manera el mundo de la mente y del espíritu que hoy nuestra mente y nuestro espíritu son distintos. Pensamos y sentimos de otro modo por causa de lo que hizo un pequeño poblado griego durante un siglo o dos, hace 2.400 años. Lo que entonces se produjo en materia de arte y de pensamiento nunca ha sido sobrepasado, y muy rara vez igualado, y vemos su impronta en todo el arte y en todo el pensamiento del mundo occidental. Y, sin embargo, toda esta grandeza se dio en un momento en que las ingentes civilizaciones del mundo antiguo habían perecido y la sombra de la "barbarie sin esfuerzo" oscurecía la tierra. En ese mundo negro y feroz entró en acción un minúsculo centro de ardiente energía espiritual. En Atenas había surgido una nueva civilización, distinta de todas las anteriores.

¿Qué hizo posible este nuevo desarrollo, cómo pudieron los griegos lograr todo lo que hicieron? Hoy esto es importante para nosotros. Grecia no sólo merece nuestra atención porque, por nuestra herencia espiritual y mental, somos en parte griegos, y no podemos librarnos, ni aunque lo deseáramos, de esa profunda influencia que actuó con todo su poder a lo largo de los siglos, tocando con la luz de la razón y la gracia de la belleza a los feroces salvajes del Norte. También hizo, para nosotros, una contribución directa. Los actuales restos griegos son tan pocos y están tan lejanos, tan separados de nosotros por el espacio, por un lenguaje extraño y difícil, que los consideramos interesantes para los viajeros, los eruditos y para nadie más. Pero en realidad lo que los griegos descubrieron, o, más bien, cómo hicieron sus descubrimientos y cómo hicieron nacer un mundo nuevo a partir de las oscuras confusiones de un mundo viejo ya en ruinas, está lleno de significación para nosotros, que hemos visto desaparecer un mundo viejo en el período de una o dos décadas. En las confusiones y los desconciertos del presente, debemos pararnos a considerar la vía por la cual los griegos llegaron a la claridad de su pensamiento y a la afirmación de su arte. Las condiciones de vida a las que se enfrentaron fueron muy distintas de las que hoy afrontamos, pero debemos siempre tener en mente que aunque lo externo de la vida humana se modifique grandemente, su interior poco cambia, y que

no podemos dejar atrás las lecciones de la experiencia humana. La gran literatura, pasada o presente, es la expresión de un gran conocimiento del corazón humano; el gran arte es la expresión de una solución del conflicto entre las exigencias del mundo externo y del interno; y en la sabiduría de uno o de otro parecen lograrse pocos progresos.

De todo lo que hicieron los griegos sólo una parte muy reducida ha llegado hasta nosotros y no tenemos manera de saber si lo que poseemos es lo mejor. Sería extraño que así fuera. En las convulsiones de ese mundo de antaño no había ley que garantizara al arte la supervivencia del más apto. Pero este pequeño vestigio conservado por el azar nos muestra el supremo nivel alcanzado en toda región del pensamiento y de la belleza en que penetraron los griegos. No hay escultura comparable a la suya; no hay construcciones más bellas; no hay escritos superiores. Apenas tuvieron tiempo de tocar la prosa, que siempre tarda en desarrollarse, pero nos legaron obras maestras. La historia todavía está por encontrar un exponente más grande que Tucídides; fuera de la Biblia, no hay prosa poética que pueda compararse con la de Platón. En poesía son supremos; no puede hablarse de epopeya sin mencionar a Homero; no hay odas comparables a las de Píndaro; de los cuatro maestros del escenario trágico, tres son griegos. Poco queda de toda esta plétora de gran arte: las esculturas, desfiguradas y hechas pedazos, son cosa del pasado; los edificios han caído, las pinturas se han ido para siempre; de los escritos, todos se han perdido salvo unos pocos. Sólo vemos la ruina de lo que fue; el mundo sólo ha tenido eso durante más de dos mil años; y sin embargo, estos pocos restos de la portentosa estructura han sido desde entonces un desafío y un estímulo para los hombres, y se encuentran entre nuestras actuales posesiones más preciadas. Hoy, no hay peligro de que el mundo no reconozca plenamente el genio griego: el logro de los griegos es un hecho universalmente reconocido.

Y, sin embargo, las causas a las que se debe esta realización no son generalmente comprendidas. Más bien, hoy es moda hablar del milagro griego y considerar el radiante florecimiento del genio griego como si no tuviese raíces que pudiéramos explicar. En realidad, los antropólogos se ajetrean y están dispuestos a llevarnos de vuelta a la selva virgen donde tuvieron sus comienzos todas las cosas humanas, incluso las griegas; pero la semilla nunca basta para explicar la flor. Entre aquellos extraños ritos que nos señalan a través de los nebulosos panoramas de épocas remotas y una tragedia griega hay una brecha que ellos no pueden ayudarnos a cruzar. Lo fácil es negarse a salvarla y negar la necesidad de explicarla, diciendo que la tragedia es un milagro, pero en realidad el camino no es intransitable; aparecen algunas razones de la actividad mental y espiritual que hicieron que esos pocos años de Atenas fuesen tan productivos como nunca lo ha sido ninguna otra época de la historia.

Según el consenso universal, los griegos pertenecen al mundo antiguo. Cada vez que este o aquel historiador traza una línea entre lo antiguo y lo nuevo, la ubicación indiscutible de los griegos se encuentra en lo antiguo. Pero sólo por cuestión de siglos están allí; no llevan las señales que dieran razones para asignarles ese sitio. El mundo antiguo, en la medida en que podemos reconstruirlo, lleva en todas partes la misma impronta. En Egipto, en Creta, en Mesopotamia, dondequiera que podamos ver trozos de la historia, encontramos las mismas condiciones: un déspota en el trono, cuyos caprichos y pasiones son el factor determinante del Estado; una población miserable y sometida, y una gran organización de sacerdotes a quienes se ha confiado el dominio del intelecto. Esto es lo que sabemos del Estado oriental de la actualidad. Así ha persistido desde el mundo antiguo, atravesando milenios, sin cambiar jamás en lo esencial. Sólo en los últimos cien años -y menos aun- ha mostrado visos de cambio, ha hecho un gesto de adaptación externa a las demandas del mundo moderno. Pero el espíritu que lo imbuye es el espíritu de Oriente, inmutable siempre. Ha seguido siendo el mismo a lo largo de todas las edades, desde el mundo antiguo, apartado siempre de todo lo moderno. Este Estado y este espíritu fueron ajenos a los griegos. Ninguna de las grandes civilizaciones que los precedieron y que los rodearon les sirvió de modelo. Con ellos vino al mundo algo absolutamente nuevo. Fueron los primeros occidentales; el espíritu de Occidente, el espíritu moderno, es un descubrimiento griego, y el lugar de los griegos está en el mundo moderno.

No puede decirse lo mismo de Roma. Allí, muchas cosas se remitían al Viejo Mundo y a Oriente, y con los emperadores que fueron dioses y alimentaron con horrores a un pueblo embrutecido como su forma preferida de diversión, el Estado antiguo y el oriental tuvieron un verdadero resurgimiento. No es que el espíritu de Roma fuese de cuño oriental. Sus productos fueron hombres de negocios, llenos de sentido común, a quienes las reflexiones de los sabios orientales les parecieron siempre ociosas absurdas. "¿Qué es la verdad?", dijo Pilato, con desdén. Pero no estuvieron menos alejados del espíritu griego. El pensamiento, la ciencia, las matemáticas, la filosofía y la ávida investigación de los griegos en la naturaleza del mundo y sus formas, que serían el sello distintivo de Grecia, llegaron a su fin, para muchos siglos, cuando la supremacía pasó de Grecia a Roma. El mundo clásico es un mito mientras se lo conciba marcado por las mismas características. Atenas y Roma tuvieron pocas cosas en común. Lo que distingue al mundo moderno del antiguo y lo que separa a Occidente de Oriente es el predominio del espíritu en los asuntos de los hombres, y esto nació en Grecia, y en todo el mundo antiguo vivió exclusivamente en Grecia. Los griegos fueron los primeros intelectuales. En un mundo en que lo irracional había desempeñado el papel principal, ellos aparecieron como protagonistas del espíritu.

Nos es difícil captar la novedad y la importancia de esta posición. El mundo en que vivimos nos parece un lugar razonable y comprensible. Es un mundo de hechos definidos acerca de los que sabemos mucho. Hemos descubierto cierto número de reglas por las cuales podemos hacer que las oscuras y potentes fuerzas de la naturaleza procedan de modo tal que favorezcan nuestros propósitos, y nuestro mayor esfuerzo se dedica a aumentar nuestro poder sobre el exterior material del mundo. No soñamos en cuestionar la importancia de lo que actúa en conjunto, en formas que podemos explicar y aprovechar para ventaja nuestra. Lo que causa esta actitud es el hecho de que, de todos los poderes con que fuimos dotados, estamos haciendo uso preeminente de la razón. No nos elevamos por encima del mundo en alas de la imaginación ni buscamos en las profundidades del mundo que hay dentro de cada uno de nosotros por iluminación del espíritu. Estamos observando lo que ocurre en el mundo que nos rodea y razonando sobre nuestras observaciones. Nuestra actividad principal y característica es la de la inteligencia. La sociedad en que nacimos se ha edificado sobre la idea de lo razonable, y en ella sólo se les otorga un lugar a la experiencia emocional y a la percepción intuitiva si podemos darles una explicación racional.

Cuando descubrimos que también los griegos vivieron en un mundo razonable, como resultado de haberle aplicado su razón, aceptamos ese logro como algo natural que no necesita comentario alguno. Pero la verdad es que aun hoy, nuestro punto de vista sólo cabe dentro de límites estrictos. No pertenece a la expansión inmensa ni a las poblaciones multitudinarias de Oriente. Allí, lo que ocurre fuera de un hombre es de una importancia sumamente relativa, y no merece en absoluto la atención de los verdaderos sabios. La razón observante que actúa en lo que los occidentales llamamos los hechos del mundo real no es estimada en Oriente. Esta concepción de los valores humanos nos ha llegado de la Antigüedad. El mundo en que Grecia nació a la vida era un mundo en que la razón había desempeñado un papel insignificante, todo lo importante que había en él pertenecía al reino de lo invisible, conocido tan sólo por el espíritu.

Éste es un ámbito en el que el hecho exterior -todo lo que integra este mundo visible, sensible y audible- sólo desempeña una parte indirecta. Los hechos del espíritu no se ven ni se sienten ni se oyen; se experimentan; son, peculiarmente, propios de cada quien, son algo que no se puede compartir con nadie. Un artista en cierta forma puede expresarles, pero a lo sumo parcialmente. El santo y el héroe, que son quienes se sienten más a sus anchas con ellos, pueden ponerlos en palabras -o en imágenes o en música- sólo si además son artistas. La inteligencia más grande no puede lograrlo por medio del puro intelecto. Y, sin embargo, cada ser humano tiene su parte en las experiencias del espíritu.

La mente y el espíritu, unidos, forman lo que nos separa del resto del mundo animal, lo que capacita a un hombre a conocer la verdad

y lo que le permite morir por la verdad. Sería difícil establecer una distinción tajante y decisiva entre ellos; ambos pertenecen a la parte de nosotros que, en la fraseología platónica, nos eleva de lo que está eternamente reptando o, en la figura predilecta de Platón, lo que da forma a lo informe. Y, sin embargo, son distintos. Cuando San Pablo en su gran definición dice que las cosas que se ven son temporales y las cosas que no se ven son eternas, está definiendo el reino del espíritu, la razón que actúa a partir del mundo visible, y el mundo del espíritu que vive por lo invisible.

En el mundo antiguo antes de Grecia, las cosas que no se ven habían ido convirtiéndose, más y más, en las únicas de gran importancia. El nuevo poder de la mente que marcaría a Grecia brotó en un mundo vuelto hacia el camino del espíritu. Durante un breve período, en Grecia se encontraron Oriente y Occidente; se unieron la tendencia a lo racional que iba a distinguir a Occidente y la profunda herencia espiritual de Oriente. Como mejor podemos comprender el efecto cabal de esta reunión, el inmenso estímulo a la actividad creadora que surge si a la claridad mental se añade el poder espiritual, es considerar lo que había ocurrido antes de Grecia, es decir, lo que ocurre cuando hay una gran fuerza espiritual mientras la mente es mantenida en suspenso. Esto puede verse con mayor claridad en Egipto, cuyos registros son los más completos y mucho más conocidos que los de ninguna otra nación de la Antigüedad. Por consiguiente, es oportuno dejar por un momento a Grecia y contemplar al país que había tenido la civilización más grande de todo el mundo antiguo.